

Revista CIDOB d'afers internacionals, n.º 97-98, (abril 2012), p. 305-324

ISSN 1133-6595 - E-ISSN 2013-035X

Identidad y seguridad en la competición por el poder en Israel

Identity and security in the competition for power in Israel

Fernando Navarro Muñoz

Investigador FI-ICIP (Institut Català Internacional per la Pau), Universitat Autònoma de Barcelona
nandovico@gmail.com

RESUMEN

El lenguaje de seguridad tiene efectos inmediatos, constituye un *speech act*. Por medio del lenguaje de seguridad, un actor reclama el uso de medios extraordinarios para ocuparse de las amenazas que se presentan a la opinión pública; a esto se le llama securitización. Sin embargo, la seguridad no siempre es objetiva y a veces esconde, tras el argumento del interés general, los intereses de determinados sectores en su competición por el poder. Partiendo de un concepto de seguridad ampliado, proponemos la revisión del concepto de seguridad societal que aportan Barry Buzan y Ole Waever, que sugiere una seguridad basada en la identidad de las comunidades; y lo hacemos centrándonos en la experiencia israelí, donde seguridad e identidad van unidas en el discurso. Añadimos también una propuesta de sociología del poder: el discurso de seguridad es un recurso más en la competición por el poder.

Palabras clave: seguridad, securitización, sociología del poder, conflicto palestino-israelí

ABSTRACT

The language of security has immediate effects; it constitutes a speech act. By using the language of security, an actor reclaims the use of extraordinary media in order to deal with the threats that it presents to public opinion; this is called securitisation. However, security is not always objective, and sometimes the interests of specific sectors in their competition for power are concealed behind the argument of general interest. Starting from a concept of enlarged security, we propose a review of the concept of societal security as described by Barry Buzan and Ole Waever, which suggests a security based on the identity of communities, and we do so by focusing on the experience of Israel, where security and identity go hand-in-hand in the discourse. We also add a proposal from the sociology of power: the discourse of security is just another resource in the competition for power.

Keywords: security, securitisation, sociology of power, Israeli-Palestinian conflict

(Trabajo realizado con el apoyo del Institut Català Internacional per la Pau [ICIP])

Dentro del campo de los estudios de seguridad, la Escuela de Copenhague lleva más de dos décadas revisando el concepto de seguridad y su alcance, además de formular explicaciones alternativas de la misma. Para Barry Buzan, uno de sus principales representantes, la seguridad va más allá del Estado, que ha venido siendo hasta la fecha su principal objeto referente: “La seguridad de las colectividades humanas se ve afectada desde cinco grandes sectores: el militar, el político, el económico, el societal y el ambiental” (Buzan, 1991: 19)¹. En este artículo nos centraremos especialmente en uno de estos sectores: el de la seguridad societal. Tal como la supervivencia del Estado se evalúa en términos de soberanía, la seguridad societal se define en términos de identidad. Así, una situación de *inseguridad societal* se da cuando un grupo social significativo ve su identidad y cultura amenazadas. La respuesta habitual es el fortalecimiento de las identidades y la inclusión de las mismas en la política de seguridad (Waever, 1995). En palabras de Ole Waever (1993: 23), la seguridad societal es “la sostenibilidad, dentro de unas condiciones aceptables para su evolución, de patrones tradicionales de lenguaje, cultura, asociación, y religiosos, así como la identidad nacional y la costumbre”. Hablamos, pues, de cuestiones societales y no simplemente sociales, pues tienen que ver con la sociedad como colectivo, con su identidad, y no con el individuo² (Buzan, Waever *et al.*, 1998: 120). Waever (1995) advierte que la formulación de una seguridad basada en la identidad conlleva el riesgo de que se aplique una lógica análoga a la de la seguridad del Estado: una lógica militar. En este sentido, el caso israelí es axiomático.

Waever y Buzan, al llevar el concepto de seguridad más allá del Estado, están también cuestionando el supuesto carácter objetivo de la evaluación de las amenazas. Para Waever (1995), en concreto, la seguridad no deja de ser una construcción social, producto de una determinada evolución histórica y de las luchas de poder entre grupos sociales e intereses. En este sentido, el derecho a definir qué es seguridad da acceso a una serie de recursos y también permite delimitar el discurso en función de unos intereses determinados; es decir, el control del discurso de seguridad otorga poder a quien lo detenta. La seguridad es un *speech act*, un acto del habla: constituye un acto por sí misma³. Recurriendo a la retórica de la supervivencia y por el efecto inmediato que tiene hablar de seguridad, un actor puede adquirir la legitimidad necesaria para romper las ataduras que de otro modo le obligarían a actuar según las reglas del juego político. Esto lleva a ambos autores a hablar de *securitización*, que es el *movimiento*

1. Esta traducción y otras posteriores son traducciones libres del autor.

2. El vocablo inglés “societal” lo mantendremos para evitar ambigüedades, aunque sería más adecuado traducirlo como “comunitario”.

3. Pensemos, por ejemplo, en el efecto inmediato que tiene el hecho de colocar la etiqueta “terrorista”.

que lleva las supuestas amenazas hacia un *tipo especial de política* que se encuentra fuera de los límites convencionales de la misma, e incluso de los márgenes de la democracia⁴ (ibídem). En palabras de Buzan, el concepto de seguridad “(...) emana de su constitución *dentro* del discurso de seguridad nacional, que implica un énfasis en la autoridad, la confrontación y la construcción de amenazas y enemigos, una habilidad para decidir y la adopción de medidas de emergencia. La seguridad tiene una particular fuerza discursiva y política, y es un concepto que hace algo –securitizar– antes que una condición objetiva (o subjetiva)” (Buzan y Hansen, 2009: 213).

La securitización de las amenazas, que bebe de la política de la excepcionalidad que describió Carl Schmitt (Huysmans, 2008), tiene fundamentalmente una función doméstica: sirve para ganar adhesiones y marginar oponentes en las relaciones de poder locales⁵ (Waever, 1995). Sin embargo, la mayor parte de la literatura previa sobre seguridad, incluso la que recoge las propuestas de ampliación del concepto de seguridad y sobre su valor discursivo, descuida este aspecto⁶. De la mayoría de los trabajos se infiere que la seguridad es una prerrogativa de los gobiernos y que, por lo tanto, irradia de un único punto. No se ha ahondado lo suficiente en el hecho de que existe más de un discurso de seguridad y de que, al igual que el discurso oficial, cada uno de ellos tiene utilidad en la competición política doméstica. Más adelante veremos algunos ejemplos.

Esta dimensión doméstica y discursiva de la seguridad se ajusta a las propuestas de la sociología del poder. La desigual distribución en la sociedad de unos recursos que son por naturaleza limitados da lugar a una jerarquía, dentro de la cual se establecen relaciones de competición por tales recursos y por el control del proceso social. De acuerdo con Ferran Izquierdo⁷, los actores o élites que se hallan en la cúspide de esta jerarquía se encuentran en una relación de competición continua por la acumulación de aquellos recursos (o del acceso a los mismos) que, según el momento histórico, determinan la estructura social y son proyectables en forma de poder (por ejemplo, la riqueza patrimonial durante el feudalismo). Esta competición tiene, por lo tanto,

4. Un ejemplo de esto mismo en el caso israelí lo tenemos en el bombardeo de las instalaciones nucleares iraquíes en 1981, ordenado por Menahem Begin a escasas semanas de las elecciones generales, en un momento en que el Alineamiento de Shimon Peres aventajaba en los sondeos al gobernante Likud. La operación se aprobó en secreto. Véase Shlaim (2003: 476).
5. Pese a que en este estudio nos centramos en la dimensión doméstica de la seguridad, un análisis de seguridad propiamente dicho ha de incluir las dinámicas tanto locales como internacionales (Buzan, 1991: 58).
6. Podemos encontrar una relación de las diferentes escuelas de estudios de seguridad y una documentada exposición sus ideas en Buzan y Hansen (2009).
7. La competición circular no es la única forma de relación de poder; para una exposición más detallada de la sociología del poder, véase: Izquierdo Brichs, 2008. También se ha aplicado este modelo al caso israelí (Álvarez-Ossorio e Izquierdo Brichs, 2008).

el carácter de una relación circular, y es un tipo de relación en la que la lógica, más allá de la consecución de los objetivos iniciales, es la acumulación de poder de tipo diferencial; es decir, no se mide en términos absolutos sino relativos: lo que tendrá valor de cara a la ulterior competición será el atesorar más y mejor acceso a tales recursos respecto al resto de las élites rivales. Por lo tanto, el poder acumulado solo es poder en la medida en que permite seguir compitiendo⁸ (Izquierdo Brichs, 2008). La sociología del poder, tal como la planteamos, tiene un carácter sistémico. El sistema tiene una lógica propia que obliga a los actores a competir dentro de la estructura; en caso contrario, se verían expulsados (Izquierdo Brichs, 2011: 4). Las relaciones circulares son, además, conservadoras, pues sus metas no son “la consecución de objetivos concretos ni transformaciones sociales, sino el mantenimiento y control de los recursos en términos de poder” (Izquierdo Brichs, 2008: 36).

Hablábamos de seguridad societal, ¿puede formular la sociedad un lenguaje de seguridad en su propio nombre? El mismo Waever (1995) admite la ambigüedad del concepto, pues la sociedad no habla por sí misma, más bien son sus representantes los que hablan en su nombre⁹, y estos representantes constituyen élites. Si, tal como afirma este autor, el lenguaje de seguridad camufla bajo el interés general lo que no son más que los intereses de grupos determinados, desde el punto de vista de la sociología del poder, podemos sospechar que ocurrirá de forma análoga con la seguridad societal y que, la mayoría de las veces, la inclusión o no de aspectos identitarios y culturales se hará en función de los réditos que puedan obtener las élites que detentan el control del lenguaje securitario. A la hora de presentar ejemplos de formulaciones de seguridad societal y de cómo esta puede desembocar en un conflicto, se han propuesto frecuentemente los casos de la desintegración de la ex Yugoslavia o de la conflictividad en Somalia o Rwanda en los años noventa (Bilgin, 2003; Lipschutz, 1995). En nuestra opinión, en cambio, son casos palmarios del manejo de la seguridad ligada a las identidades. Volviendo a Ferran Izquierdo (2008: 68), lo que está en juego no es la supervivencia del Estado (y añadimos: tampoco la de la identidad de las comunidades), sino la de los grupos que tienen capacidad para utilizar este discurso como recurso de poder.

8. Volviendo al ejemplo del feudalismo, hoy la propiedad patrimonial de la tierra y el control eclesiástico apenas servirían competir en las relaciones de poder.

9. Como señala Ferran Izquierdo (2008), existe otra clase de competición, la de tipo lineal, que se establece entre las élites y la población, cuando esta última es consciente de sus intereses y formula demandas conscientes. Generalmente esta relación, que ocurre en ocasiones excepcionales, se extingue una vez logrados los objetivos iniciales. En estos casos sí es posible concebir una seguridad societal formulada por la sociedad.

LA SEGURIDAD SOCIETAL ISRAELÍ

En Israel, el lenguaje de seguridad aúna de manera natural una visión tradicional de la seguridad junto con una visión societal e identitaria. En Israel, seguridad e identidad caminan de la mano y se combinan en el mismo discurso. Esto es así incluso desde mucho antes de que en el terreno académico se planteara la ampliación del concepto de seguridad. De este modo, las amenazas que se ciernen sobre Israel y su soberanía son vistas como amenazas hacia el Estado nacional de todos los judíos, depositario de su identidad, su cultura y religión. En este sentido, el discurso de seguridad israelí tiene su correlato en un ordenamiento legal identitario, que se plasma en instrumentos como la Ley Básica del año 1992 sobre dignidad y libertad humana, que define a Israel como Estado judío y democrático; la Ley Básica de Jerusalén de 1980, que corona esta ciudad como capital eterna e indivisible de Israel; o incluso la misma Declaración de Independencia de 1948, que funda el hogar nacional de todo el pueblo judío.

Para entender las relaciones de poder en Israel y el papel que tiene en ellas la seguridad, debemos tener en cuenta dos consideraciones. En primer lugar, la perenne situación de conflicto con su entorno que vive desde su fundación —el conflicto árabe-israelí—, que, en los poco más de 60 años de existencia del Estado, ha dado lugar a siete guerras interestatales y que tiene su expresión sempiterna en el conflicto con la comunidad palestina, especialmente a raíz de la ocupación y colonización de su territorio desde 1967. En segundo lugar, que esta situación hace necesario un Estado fuerte e interventor (Álvarez-Ossorio e Izquierdo Brichs, 2008: 87). En efecto, la *Madinat Israel* es, en términos relativos, uno de los estados más fuertes del mundo en cuanto a control de recursos y a la capacidad de sus atribuciones: suelo, economía, educación, ejército, censura, etc. Así las cosas, el control de los medios normativos, redistributivos y coactivos del Estado ha sido históricamente el recurso más poderoso en la competición por el poder en Israel. Estas dos realidades, poder estatal y conflicto, son las que marcan la importancia del discurso de seguridad en la competición por el poder en Israel. Como hemos visto más arriba, este discurso se construye en torno a la percepción de una serie de amenazas existenciales al Estado y a la sociedad que exigen tomar medidas extraordinarias. En Israel, de hecho, el posicionamiento respecto a la paz y la seguridad es el que marca el continuo “derechización” en la arena política, a diferencia de los sistemas parlamentarios al uso donde ese continuo lo marca la posición ideológica sobre el orden socioeconómico.

Por razones de espacio, no podemos ofrecer aquí una relación de los principales actores, primarios y secundarios, y de los más importantes recursos de poder en Israel. Sin embargo, cabe adelantar que existe en el país una alianza de actores hegemónica a la que Oren Barak y Gabriel Sheffer (2006) llaman Red de la Seguridad israelí (*Israel's Security Network*, en su expresión original). Este grupo tiene intereses contrapuestos a

los del capital financiero y la economía civil, más interesados en sumarse a la globalización económica y en la integración económica regional. Los primeros requieren un Estado fuerte, y los segundos uno reducido (Álvarez-Ossorio e Izquierdo, 2008). Se trata de una alianza que nace de la simbiosis entre el *establishment de la defensa* y diversos sectores de la sociedad civil y del escalafón político. El *establishment* lo integran los oficiales en activo ligados a la seguridad del país, principalmente el ejército, las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI), así como la parte estatal de las industrias militar y aeronáutica. La parte civil de la alianza la componen mayoritariamente oficiales en la reserva que se han incorporado a las esferas política, económica o cultural; pero también forman parte de ella numerosos sectores de la política nacional, de la administración, de los medios de comunicación, del mundo empresarial y del capital privado ligado a la industria militar¹⁰. En la arena parlamentaria, se añaden a estos intereses los de los pequeños partidos políticos religiosos o ultranacionalistas, llamados partidos sectarios, necesarios para formar coaliciones de gobierno.

El conflicto con los árabes genera en ocasiones una situación cómoda para algunas de las élites que compiten por el poder en Israel. Esto explica el contraste que existe entre el discurso, sobre todo en lo referente a la paz, y las prácticas de los diferentes gobiernos israelíes en las últimas décadas. De hecho, apenas ha habido diferencia entre las políticas efectivas de estos, indiferentemente del cuño ideológico que las marcara; simplemente, las llevaron a cabo por diferentes medios, pero el fin ha sido el mismo: la perpetuación del conflicto y de la dominación de los territorios ocupados. En este sentido, la distinción entre *palomas* de la izquierda y *halcones* de la derecha es totalmente ficticia (McMahon, 2005). En efecto, si echamos un vistazo a las políticas israelíes de los últimos años encontramos ejemplos claros: uno es el del Proceso de Oslo, aclamado mundialmente como un hito, pero que en realidad facilitaba el dominio israelí del territorio, de los recursos y de la población palestinos (McMahon, 2009). Otro ejemplo lo tenemos en la política de asentamientos en Cisjordania, que tanto bajo gobiernos laboristas como del Likud ha permitido que la población de colonos haya crecido de forma sostenida durante los últimos veinte años, hasta el punto que prácticamente duplica las cifras de principios de los noventa, cuando se impulsa el proceso de paz. De hecho, a pesar de la vehemencia que alcanza el debate público sobre este tipo de cuestiones¹¹ (Naor, 1999),

10. Las empresas israelíes de armamento son líderes mundiales en varios sectores, como el de las comunicaciones militares; en sus accionariados participan en muchos casos los grandes grupos mundiales de armamento, lo que las conecta con el capital global, y venden sus productos a decenas de otros estados. La industria armamentística es responsable de un tercio de las exportaciones israelíes y, sin contar los servicios ligados a la seguridad en forma de consultorías, formación, etc., genera varios miles de millones de dólares al año (Barak y Sheffer, 2006).

11. En los días del proceso de Oslo eran frecuentes las analogías entre el gobierno y el nazismo y otros totalitarismos; el mismo Netanyahu comparó a Rabin con Ceaucescu.

es frecuente observar entre los grupos todo tipo de acuerdos y alianzas cuyo fin último es la conservación de aquellas condiciones que posibilitan la competición por el poder y la fortaleza del Estado. Posiblemente, el ejemplo más revelador sea el acuerdo alcanzado en 1997 entre Yossi Beilin, antiguo negociador del Gobierno laborista en Oslo, y Michael Eitan, cabeza de la facción parlamentaria del Likud, entonces en el poder; el acuerdo Beilin-Eitan reflejaba el consenso esencial entre los partidos mayoritarios para el control de los territorios ocupados¹².

En el discurso de seguridad en Israel, como decimos, el conflicto palestino ocupa un lugar central, pues se presta para construir una agenda de seguridad que, aunque en muchas ocasiones guarde una relación remota y tangencial con la realidad, sirve a las élites en su competición por el poder. Fijaremos nuestra atención en dos objetos de referencia de la seguridad israelí que han sido relevantes en los últimos años (y, en realidad, desde la fundación del Estado), aunque no son los únicos: en primer lugar, la existencia de una amenaza demográfica a la identidad judía del Estado; y, en segundo lugar, los desafíos a la soberanía territorial israelí y la seguridad militar general, haciendo una breve mención a uno de sus desarrollos más recientes: la amenaza nuclear iraní.

LAS AMENAZAS A LA MAYORÍA JUDÍA DENTRO DEL ESTADO

En el lenguaje de seguridad público, la preservación del carácter judío y democrático del Estado es un objeto de referencia primordial y hacia ese punto convergen las propuestas de seguridad de la mayoría de los grupos políticos (aunque no todos tienen la misma concepción de lo que es judío y de lo que es democrático). Desde el prisma de la sociología del poder, las razones de esta convergencia son claras: sin una significativa mayoría demográfica judía en el país, las posibilidades de estos grupos de competir por el poder son mínimas. En todos los casos, la amenaza es la misma: la dinámica de la demografía palestina y el riesgo de que supere numéricamente a la población de origen

12. El acuerdo se articulaba en torno a tres principios: Israel ha de permitir la creación de una entidad palestina autónoma (con grado de autonomía variable); mantener el control estratégico de los territorios transferidos; conservar los asentamientos y sus lazos con Israel.

judío. De esta manera, la cuestión demográfica da pie a la introducción de cuestiones y argumentos sobre seguridad, azuzando los temores de la opinión pública con fines de legitimación y, a menudo, electoralistas. Actualmente, según la Oficina Central de Estadísticas israelí hay en el país algo más de siete millones y medio de habitantes, de los que el 75% aproximadamente es judío y algo más del 20%, árabe. Si añadimos las cifras de población de los territorios ocupados y la Franja de Gaza, la población árabe en lo que fue el antiguo Mandato de Palestina suma alrededor de cinco millones y medio (CIA, 2011), la misma cifra que alcanza la población judía. Además, las tasas de fertilidad palestinas han sido tradicionalmente altas en comparación con las judías (aunque en la actualidad solo las superan ligeramente). Este fenómeno, del que se lleva décadas discutiendo, ha dado pie a toda clase de posiciones que paradójicamente ven en la demografía y no en la ocupación la principal amenaza a la democracia israelí.

Estas supuestas amenazas fueron uno de los factores que impulsaron al laborismo, de Isaac Rabin, a proponer una separación entre palestinos e israelíes a través de la creación de una entidad autónoma palestina, cuando después de la primera Intifada cobró fuerza la propuesta de un Estado binacional y cuando el obstruccionismo de los gobiernos presididos por el Likud de Itzak Shamir no ofrecía soluciones de calado para la opinión pública. Esta fórmula tenía un propósito básico en la arena política israelí: aprovechar el cansancio de la población ante el conflicto y prometer una resolución en términos favorables a Israel. La fórmula funcionó durante los primeros años noventa, y el laborismo logró desbancar al Likud, que llevaba en el poder desde el año 1977; sin embargo, fracasó por la misma indisposición israelí a hacer verdaderas concesiones a la Autoridad Palestina. En cualquier caso, el creciente apoyo popular a la idea de la separación y a la fórmula de los dos estados, que se mueve entre el 60% y el 70% (Yaar, 2006, 2007, 2008, 2009) fue hábilmente aprovechado ya en la década siguiente por un sector de la derecha encabezado precisamente por uno de los líderes políticos israelíes más reacios a cualquier concesión: Ariel Sharon.

Como primer ministro, Sharon, aludiendo a los hechos demográficos *sobre el terreno*, reformuló los principios del proceso de paz que establecería el Estado palestino, al que no se llegaría a través de la negociación, sino de la retirada unilateral israelí y en unas condiciones favorables a Israel, haciendo caso omiso de las presiones de la comunidad internacional. El objetivo fundamental de su estrategia fue arrinconar a sus rivales del laborismo y dentro del propio Likud y acabar definitivamente con un Proceso de Oslo contrario también a la ideología nacionalista conservadora. Kadima, el partido heredero del *sharonismo*, ha dado más pasos en esta dirección. Ehud Olmert, antiguo primer ministro, declaraba antes de la conferencia de Annapolis: “Si llega el día en que la solución de los dos estados fracasa, y afrontamos una lucha por igualdad de derechos de voto a la manera de Sudáfrica (también para los palestinos de los territorios), entonces, tan pronto como esto ocurra, el Estado de Israel estará acabado” (Barak *et al.*, 2007). En la

misma línea debemos entender las declaraciones de Tzipi Livni (2006), entonces ministra de Asuntos Exteriores, Justicia y de Inmigración, cuando señalaba en la Conferencia de Herzliya de 2006 que “existen dos metas que debemos subrayar: una es la necesidad de preservar la existencia judía en la Tierra de Israel, y la segunda es la existencia de un Estado soberano y democrático en la Tierra de Israel. La existencia física es (...) un asunto de seguridad. La existencia de un Estado democrático nos dicta la necesidad de mantener una mayoría judía, y como ahora, sacrificar una parte de la Tierra de Israel”.

El resto de los grupos formula sus propuestas alternativas también en función de sus intereses y de la oportunidad que perciba de explotar tales argumentos ante la opinión pública. A diferencia de Kadima y de los partidos de la izquierda, desde el conservadurismo nacionalista prefieren restar importancia al factor demográfico; de esta manera, dilatan la perspectiva de un acuerdo de paz al neutralizar cualquier sensación de urgencia, sugiriendo que el tiempo juega a favor de Israel. Es más, el Centro de Estudios Estratégicos Begin Sadat (BESA, por sus siglas en inglés), perteneciente a la Universidad Bar Ilan, muy próxima al Likud y a la derecha israelí en general, publicó en 2006 un informe que también se presentó en la Conferencia de Herzliya dos años atrás, en 2004, titulado *The Million Person Gap: The Arab Population in the West Bank and Gaza*. En este informe se acusaba sin ambages a la Autoridad Palestina de falsear su censo demográfico a propósito, de haber prácticamente duplicado la cifra de habitantes en Cisjordania mediante una doble contabilidad, y afirmar que la población total palestina era de casi cuatro millones de habitantes y no de dos millones y medio (Zimmerman, Seid *et al.*, 2006). La publicación de este trabajo, primero en Herzliya y luego en el BESA, no fue casual, corresponde a los meses en los que ocupaban el centro del debate público las propuestas de retirada unilateral de Sharon, que intensificaron las viejas rivalidades con la mayoría de la dirección de su propio partido, el Likud.

La cuestión demográfica se presta igualmente a los intereses de los partidos vinculados a determinadas minorías dentro de la sociedad israelí, los llamados partidos sectarios, que reformulan el tema en función de sus intereses y posibilidades. El caso palmario ha sido el de Israel Beiteinu, en sus orígenes un partido vinculado a los judíos rusos llegados a Israel en los años noventa, pero que en realidad encarnaba la lucha por el poder de un nuevo sector de la sociedad, que se desmarcó de un Likud dominado por la segunda generación de la aristocracia política revisionista que les cerraba el paso. La personalidad de su carismático líder, Avigdor Lieberman (colono en el asentamiento de Nokdim) y su hábil explotación de los temores y prejuicios hacia la población árabe le valió a Israel Beiteinu en las elecciones de 2009 dar el salto a la primera línea de la política israelí. Consiguio 15 asientos de la Knesset —el Parlamento israelí—, con lo que superó al Partido Laborista y rompió el consenso tácito del juego político nacional que permite a los partidos sectarios el monopolio de sus votantes naturales, siempre que no intervengan en la esfera de los intereses nacionales y se conformen con permanecer en

un discreto segundo plano (Khanin, 2010). Sin perder de vista el centro político de la opinión pública israelí, que aboga por la creación de dos estados (Hazan, 2007), Lieberman reformuló el dilema demográfico: lo preocupante ya no era el crecimiento de la población árabe de Israel, sino la misma población árabe y su presunto papel como *quinta columna* dentro del país. De este modo, capitalizó en su interés el convencimiento de parte de la opinión pública de que no es posible que árabes y judíos convivan en el mismo Estado. Da igual que el 70% de los árabes israelíes estén de acuerdo con la existencia de Israel definida como Estado judío¹³ (Rudge, 2004), en el lenguaje político de Lieberman la combinación de “demografía y terrorismo” –pues los árabes son la quinta columna de Hamas– equivale a la destrucción de Israel. Por ello propone, en consecuencia, que los principales núcleos de población árabe deberían ser transferidos a un futuro Estado palestino y mantener a cambio los asentamientos judíos en Cisjordania, ya que “las conexiones entre los árabes de Israel y los de un Estado palestino seguramente nos destruirán” (*Der Spiegel*, 2007).

La consideración de cuestiones societales como asuntos de seguridad, como ya hemos señalado, conlleva el riesgo de aplicar esa misma lógica de seguridad estatal a cuestiones que nada tienen que ver con ella. En el caso de Israel, algunos grupos llegan a plantear, bajo la aséptica expresión *transfer*, mucho más acorde con el lenguaje técnico de seguridad, lo que no es otra cosa que una limpieza étnica. Existen grupos que basan en estas propuestas el discurso con el que pretenden recabar el apoyo de la opinión pública; algunos, como Israel Beiteinu, con éxito evidente. No se trata, ni mucho menos, de un tema tabú; con ocasión de las conversaciones en Annapolis en 2007, Dov Lior, el líder de los rabinos del influyente grupo de presión proasentamientos Yesha Council, declaraba abiertamente en una reunión de emergencia convocada ante las conversaciones “debemos limpiar el país de árabes y reasentarlos en los países de los que provienen (...) si no hacemos esto, nunca disfrutaremos de paz en nuestra tierra” (Nahsoni, 2007). Naturalmente, existen puntos de consenso en los que muchos grupos abandonan el uso partidista del problema demográfico; el más claro es el que atañe al derecho de retorno de los refugiados palestinos a territorio israelí, un tema que aparece en todas las propuestas de paz entre árabes e israelíes y que recibe una respuesta unívoca por parte de todos los grupos. La clave del rechazo a esta propuesta y su escasa validez como argumento en la competición por el dominio del discurso está en que los refugiados palestinos son actualmente algo más de cuatro millones y medio, y un retorno a Israel, aunque fuera parcial, condenaría a las actuales élites israelíes. Como es lógico, los argumentos que esgrimen estos grupos

13. Siempre y cuando sea sobre las fronteras de 1967 y con igualdad para árabes y judíos.

a la hora de rechazar el derecho de retorno son otros y, agitando los miedos tradicionales judíos a convertirse en una minoría perseguida, señalan que un Estado para el pueblo judío es incompatible con el retorno de los refugiados. Nos encontramos una vez más con amenazas a la supervivencia en términos de soberanía e identidad. El actual primer ministro Netanyahu dejó clara esta postura en su discurso en el centro Begin-Sadat en junio de 2009, del que nos ocuparemos más adelante: “Que quede claro que cualquier demanda para reasentar a los refugiados palestinos dentro de Israel pone en peligro la continuación de Israel como el Estado del pueblo judío” (*Ha'aretz*, 4.06.2009).

Por otro lado, el uso de argumentos de seguridad societales no se reduce únicamente a la demografía árabe; existe en Israel una creciente preocupación por la inmigración no judía, en especial la ilegal. Este fenómeno ofrece una oportunidad para algunos grupos políticos que encuentran en el discurso xenófobo la clave del éxito electoral. Un ejemplo lo tenemos en el partido Shas, cuyo líder Eli Yishai, ahora ministro del Interior, ha recurrido al mismo lenguaje de contenido xenófobo para frenar la fuga de votos hacia partidos como Israel Beiteinu y la ultraderechista Unión Nacional. A través de su cartera ministerial, ha propuesto recientemente crear campos de internamiento en el Néguev para inmigrantes ilegales y buscadores de asilo; estos inmigrantes podrían ser portadores de “ciertas enfermedades como hepatitis, sarampión, tuberculosis y sida [así como] drogas” (Weiler-Polack, 2009). El hecho de que hace unos años el mismo Yishai denunciara la creciente xenofobia en Israel y que esperaba no tener que ver nunca en un diario israelí la foto de una mujer siendo deportada por la policía con su hijo en brazos (Levy, 2009) nos da una muestra más de la ductilidad de los argumentos societales a la hora de formular el discurso.

La seguridad societal es una constante en el discurso de seguridad israelí y tiene una función principalmente doméstica; en este sentido, está relacionada con las aspiraciones de los diferentes grupos en sus relaciones de poder. El debate académico sobre la pertinencia de construir una agenda de seguridad societal descuida este aspecto de los argumentos societales: su uso en función del oportunismo político. El discurso de seguridad societal, que manipula los miedos y prejuicios de la opinión pública, pudo ampliarse con facilidad después del fin de la Guerra Fría hacia temas que hasta el momento habían quedado oscurecidos por la competición bipolar; no nos debe extrañar, en este sentido, que no fuera hasta el año 1992 cuando surgió la necesidad de que la Knesset explicitara en una Ley Básica el carácter judío del Estado de Israel; si bien este componente identitario acompaña al discurso de seguridad desde los mismos inicios del sionismo. Por lo tanto, el siguiente de los objetos de referencia que proponemos, que es el clásico de los estudios de seguridad, –la soberanía, entendida en términos de fronteras y de seguridad del territorio– tampoco podemos desvincularlo por completo de estos conceptos identitarios y culturales que hemos visto hasta ahora. Aquí, también, el conflicto palestino se revela como un cómodo recurso.

LAS FRONTERAS DEFENDIBLES Y EL LIDERAZGO INTELLECTUAL DEL EJÉRCITO

Como hemos afirmado anteriormente, el conflicto provocado por la ocupación de los territorios palestinos en 1967, aunque el discurso de seguridad sugiera lo contrario, proporciona en realidad un argumento cómodo para algunas élites en su competición por el poder. Si, como decíamos al principio, la seguridad es un producto que se construye socialmente, las concepciones de seguridad oficiales reflejarán el pensamiento hegemónico. Esta hegemonía corresponde en Israel a la Red de la Seguridad de la que antes hablábamos, y especialmente a uno de sus integrantes: el Ejército, que es quien da forma última al concepto de seguridad nacional. Las Fuerzas de Defensa de Israel son una institución con un estatus excepcional que oscurece a la misma clase política, a la que incluso fuerza a seguir sus recomendaciones (Michael, 2009).

Encontramos tres razones fundamentales que asientan este liderazgo intelectual del Ejército en la política. En primer lugar, que la defensa y la seguridad en Israel son experiencias socialmente compartidas. La gran mayoría de israelíes han realizado un largo servicio militar (tres años para los varones, dos para las mujeres)¹⁴ que les ha destacado en zonas ocupadas o fronterizas, cuando no directamente en zonas de guerra; igualmente, el terrorismo y la violencia han formado parte de la cotidianidad israelí desde antes de la fundación del Estado. En segundo lugar, un elevado número de oficiales de alta graduación pasan a las esferas política, económica o cultural una vez cesan en sus funciones y se incorporan a la reserva. Como es natural, tenderán a reproducir la cosmovisión de la defensa. Por último, desde hace décadas, militares de alta graduación pertenecientes al Estado Mayor asesoran en persona a los miembros del Gabinete ministerial y asisten a sus reuniones, y el Directorio de Inteligencia Militar (AMAN, por sus siglas en hebreo) es la principal autoridad epistémica del país¹⁵ (Shlaim, 2003: 362; Bar-Joseph, 2010).

El discurso de seguridad oficial se usa a menudo para justificar la ocupación militar de los territorios palestinos. Quizás el ejemplo más claro es el cliché de las *fronteras defendibles*, que mantiene que es de interés nacional y militar para Israel mantener el control militar

14. Además, la reserva militar se extiende en el caso masculino hasta la cincuentena.

15. La situación de conflicto permanente, además, ha atenuado las ataduras que en cualquier país democrático restringen el papel del Ejército; así las FDI gozan de un gran nivel de autonomía y, a pesar de que las acciones militares estratégicas necesitan aprobación ministerial, no así las tácticas, lo que tradicionalmente ha permitido al Ejército avivar tensiones en las fronteras (Shlaim, 1996). Otro ejemplo evidente de esta libertad es su capacidad censora.

de ciertas zonas de Cisjordania, como el valle del Jordán, pues proporciona una ventaja táctica en el caso de una invasión con fuerzas terrestres desde el este. Esto permite a Israel adquirir lo que se conoce como *profundidad estratégica*, es decir, territorio suficiente para mantener alejadas las zonas sensibles del país de posibles zonas de conflicto a la vez que se gana espacio para maniobra y repliegue. Como señalaba Oded Tyrah (2006), general de Brigada en la reserva y presidente del Consejo Administrativo de una importante empresa israelo-americana, en la Conferencia de Herzliya de 2006: “La profundidad estratégica se refiere al tiempo y distancia desde la amenaza: hasta qué punto el núcleo estratégico (energía, rutas de transporte, puertos, aeropuertos) están amenazados. Cuando la profundidad es nula, son precisas grandes fuerzas para proteger este núcleo. Cuando procedemos a una acción unilateral de desconexión, el Ejército ha de aumentar de tamaño. La pérdida de profundidad estratégica debe ser sustituida por fuerza militar”.

Resulta paradójico que se aduzcan este tipo de argumentos en un contexto regional en el que los potenciales enemigos de Israel tienen entre su armamento capacidad balística de largo alcance que anula la efectividad de esta profundidad estratégica. El propio Ariel Sharon reconocía este hecho en 1982, aunque no para deslegitimar la ocupación de Cisjordania, sino para justificar la invasión del Líbano: “Debido al alcance de los sistemas de armamento en el orden territorial árabe, afrontamos en nuestras fronteras actuales los mismos problemas de defensa que tuvimos en nuestras líneas de 1967” (Sharon, 1982). Sin embargo, casi un cuarto de siglo más tarde el argumento sigue siendo de utilidad. También en la misma Conferencia de Herzliya de 2006, el general de División en la reserva Yaakov Amidror, director del *think tank* conservador The Jerusalem Center for Public Affairs, afirmaba: “Cuando firmamos el tratado de paz con Egipto nos aseguramos de añadir acuerdos, como el de la zona de búfer en el Sinaí, que nos permitiera defendernos. Cuando omitimos estos detalles en el acuerdo de Oslo creamos un Estado imposible en el que Israel no era capaz de defenderse”. En este sentido, se deben incluir ciertos acuerdos que permitan a Israel defenderse “en el caso de que el tratado de paz fracase o en el que nuevos enemigos aparezcan por el este (...) los errores de Oslo no deben repetirse” (Amidror, 2006). En la misma conferencia, Moshe Ya’alon, actualmente viceprimer ministro y ministro de Asuntos Estratégicos en el Gobierno del Likud, y que por aquel entonces justo acababa de abandonar el puesto de jefe del Estado Mayor de las FDI, declaró: “Las fronteras del 67 no son fronteras defendibles y son estratégicamente dañinas (...) así como el territorio de Israel se reduce, también lo hace su habilidad para resistir ataques”¹⁶ (Ya’alon, 2006).

16. El sesgo metodológico a la hora de incluir estas declaraciones es evidente, ya que se trata de oficiales sin responsabilidad militar en el momento en que las formularon; los oficiales en activo no pueden, como es natural, dar su opinión abiertamente. Sin embargo, en cada caso incluido, había transcurrido escaso tiempo desde el cese de funciones de dichos cargos, y su discurso refleja el pensamiento mayoritario de los oficiales de las FDI.

Este discurso legitima la introducción en la agenda de temas como el control militar del valle del Jordán, la necesidad de un Estado palestino desmilitarizado o el control del espacio aéreo, entre otros; cuestiones que con el marchamo de la seguridad se plantean en cualquier iniciativa de paz con la Autoridad Palestina, a sabiendas de que se trata de exigencias inaceptables. Se trata de medidas que suponen perpetuar el conflicto, pues incluso en el extremo de que fueran aceptadas, darían lugar a un Estado difícilmente viable. Como consecuencia del liderazgo intelectual del Ejército, los políticos israelíes, sean o no exoficiales, reproducen este discurso en sus declaraciones de seguridad, adaptándolo a los clichés habituales del lenguaje político israelí, que añaden las consabidas referencias culturales e identitarias. El discurso consigue así una dimensión societal que el Ejército, por su carácter profesional, no puede ofrecer en la misma medida. El mismo Ya'alon, a quien acabamos de citar, una vez en el cargo de ministro, declaraba en una entrevista en *The Jerusalem Post*: "(...) no tenemos que volver a las fronteras de 1967 o dividir Jerusalén; no tenemos que ponernos en peligro otra vez (...) esta es una lucha existencial, la Guerra de Independencia no ha terminado. Desde una perspectiva histórica, todas las guerras en las que hemos luchado (...) son parte de una Guerra de Independencia por la existencia de un hogar nacional para el pueblo judío después de 2.000 años de exilio" (Keinon y Horovitz, 2010).

Sobre esta clase de argumentos gira el debate de seguridad en la arena política, cada grupo propone sus propias fórmulas y censura asimismo en nombre de la seguridad las iniciativas de sus competidores. En realidad, se trata de un debate ficticio, como hemos señalado más arriba; además, debido a un sistema electoral altamente representativo que dificulta la formación de mayorías sólidas, difícilmente podría un líder político israelí tener la fortaleza parlamentaria necesaria para poner fin a la ocupación, en el caso de que realmente lo deseara. Por lo tanto, las iniciativas del laborismo durante los años noventa por un acuerdo con los palestinos o la paz unilateral de Ariel Sharon debemos entenderlas más como estrategias de competición políticas destinadas a arrinconar a sus rivales, aprovechando el clima de la opinión pública, que como verdaderas propuestas de paz. Para alcanzar la paz, se deben hacer concesiones que ni las FDI ni las élites israelíes están dispuestas a aceptar y, de hecho, los proponentes de una verdadera paz cada vez están más marginados en el debate político.

Por otro lado, desde hace años, pero sobre todo después de la invasión de Irak, hay un tema que ha ganado preeminencia en el debate securitario israelí: el proyecto nuclear iraní. Conocedor de la oposición de la comunidad internacional a la proliferación nuclear en un entorno inestable como Oriente Medio, el discurso de seguridad israelí de los grupos nacionalistas ha reformulado la amenaza nuclear iraní incluyendo también a Siria y Hezbolá y a los palestinos. Arguyendo el lanzamiento de cohetes después de las retiradas del sur del Líbano en 2000 y de Gaza en 2005, que llevó a los enfrentamientos de verano de 2006 y a la operación *Cast Lead* a finales de 2008, se plantea el argumento

de que ulteriores concesiones territoriales pueden desembocar en nuevos ataques en el caso de que el gobierno de los territorios caiga en manos de grupos radicales; pero esta vez con armamento nuclear suministrado por Irán. De nuevo, Moshe Ya'alon, actual viceprimer ministro y ministro de Asuntos Estratégicos, afirma en una entrevista: “Si cedemos en estas posiciones estaremos en una pendiente resbaladiza. El islam yihadista gana fuerza con nuestra retirada. Eso es lo que ocurrió con Hamás y Hezbolá”. Y añade: “¿De dónde vendrá el material nuclear para el terrorismo si no es de estos regímenes?”. Ante la pregunta del entrevistador sobre si existía peligro de que Irán suministrara capacidad nuclear a actores no estatales, responde: “Esta es ciertamente su primera opción” (Keinon y Horovitz, 2010)¹⁷.

El recurso a la amenaza nuclear iraní se presta a ser utilizado con el fin de legitimar la ocupación ante la opinión pública israelí y la comunidad internacional por igual. En este sentido, el discurso de Benjamín Netanyahu en el centro Begin-Sadat de la Universidad Bar Ilan, como respuesta al del presidente estadounidense Barack Obama en El Cairo unos días antes, en el que abogaba por una resolución del conflicto reconociendo las aspiraciones palestinas a un Estado propio¹⁸ y también por establecer vías de diálogo con el régimen iraní, es una muestra de la confluencia entre el lenguaje político, la seguridad societal y el liderazgo del pensamiento militar en la seguridad israelí: “La amenaza iraní se muestra ante nosotros todavía con toda su fuerza (...) El mayor peligro para Israel, para Oriente Medio y para toda la humanidad es el encuentro entre el islam extremista y las armas nucleares”. Además, dado que cada retirada territorial israelí ha sido respondida con oleadas de terroristas suicidas y con misiles sobre las ciudades del país, “el argumento de que la retirada hará la paz más cercana no se corresponde con la realidad” (*Ha'aretz*, 4.06.2009). En este discurso, sazonado con toda clase de referencias a la tradición bíblica y a la historia judía, Netanyahu no habla de la creación de un Estado palestino, sino de que Israel no desea gobernar sobre ellos y desea respetar su cultura; en cualquier caso, el resultado de la paz ha de ser un “área desmilitarizada”, para que no sirva de “base terrorista”, y además: “Para asegurar la paz no queremos que puedan importar misiles o cohetes, ni tener un ejército o control del espacio aéreo, o hacer tratados con países como Irán, o con Hezbolá (...) esto es crucial

17. Sin embargo, no se ha examinado de qué manera pretende Irán hacer llegar material nuclear a Gaza o Cisjordania, ni qué interés tendría un grupo radical en atacar desde su territorio a Israel, a sabiendas de que algo así se llevaría por delante la vida de muchos árabes, y que sería inequívocamente condenado por la comunidad internacional, y daría legitimidad a Israel para acabar para siempre con el sueño de un Estado palestino.

18. Sin proponer medidas concretas, Obama definía la situación de los palestinos como intolerable y avisaba a Israel de que no apoyaría nuevas expansiones de sus asentamientos. El discurso completo se puede consultar en línea: <http://www.palestinemonitor.org/spip/spip.php?article977> (Visitado: 6/2011)

para la existencia de Israel”. Del mismo modo, como premisa en la negociación de un acuerdo permanente “Israel necesita fronteras defendibles con Jerusalén unida como capital”, la entidad palestina resultante ha de reconocer a Israel como Estado del pueblo judío y, además, el problema de los refugiados debe resolverse fuera de las fronteras de Israel (*Ha'aretz*, 4.06.2009).

Aunque esta disertación en Bar Ilan tiene un contenido de política exterior y es inicialmente una respuesta a la presión internacional (que a menudo también obedece a las propias competiciones por el poder de los entornos donde se formulan), tiene también un evidente propósito doméstico. Nótese, por ejemplo, que no hace referencia a acuerdos de paz sino a *retiradas*, pues el principal adversario del Likud ya no es el laborismo, que sigue abogando tímidamente por conversaciones con la Autoridad Palestina, sino Kadima, que en el Gobierno propugnó las retiradas unilaterales como forma de alcanzar la paz.

CONCLUSIONES: UN ARGUMENTO DÚCTIL

Los ejemplos que acabamos de ver ilustran parte de la naturaleza del lenguaje de seguridad israelí: dentro de los límites que marca la hegemonía del pensamiento militar existe un espacio en el que los diferentes grupos pueden moverse a la hora de formular sus propuestas, y es en este terreno donde se formula explícitamente una seguridad societal; estas propuestas cambian según el signo del momento y siguen un objetivo de competición a corto plazo. No existe un único discurso de seguridad, sino que son múltiples y dúctiles. Esta pluralidad nos permite sospechar que los discursos de seguridad no provienen de evaluaciones asépticas sobre los desafíos a los que se enfrenta el Estado, sino que se construyen continuamente y que, apelando al interés común, ocultan los propios intereses de los grupos que los formulan. La pluralidad de discursos y su función competitiva, además, es un aspecto al que los estudios de seguridad no han dedicado la debida atención, y de la mayoría de los trabajos se infiere que existe un único discurso de seguridad y que este proviene del Gobierno. Se equipara entonces al Gobierno con el Estado, obviando que las relaciones de poder locales tienen una influencia determinante en la política exterior de los estados y en la seguridad internacional.

En el caso israelí, la mayoría de las veces se presentan las amenazas al Estado como algo inseparable de las amenazas societales –identitarias–, y se apropia de elementos del judaísmo y su historia, que manipula a su antojo. Este argumento se refuerza con la definición de Israel como Estado de todo el pueblo judío y un ordenamiento legal que hace hincapié en la identidad; por lo tanto, todo aquel desafío a la soberanía estatal

afecta también a la identidad y la cultura judías. La inclusión de este tipo de referentes identitarios en el discurso es particularmente efectiva por su valor dramático, y en Israel encuentra un terreno abonado; su inclusión se dará en función de las necesidades y objetivos de la competición por el poder. El espectacular ascenso de Israel Beiteinu, que pasa de ser un partido de la minoría rusa de los asentamientos a ser la tercera fuerza política nacional con un discurso basado en la identidad judía, es una muestra evidente de la efectividad de este tipo de argumentaciones.

Por otro lado, otro objetivo de este artículo es sugerir la adición de la perspectiva que ofrece la sociología del poder a los estudios de seguridad. En nuestra opinión, esta perspectiva resuelve las contradicciones existentes en los estudios de seguridad acerca de *qué* exactamente constituye una amenaza y a *quién* amenaza. Una amenaza es definida como tal cuando las élites la colocan en el espectro de la seguridad –la securitizan. Por lo tanto, no podemos estar de acuerdo con Buzan cuando afirma que “cada Estado existe, en cierto sentido, en el centro de un universo de amenazas. Estas amenazas definen su inseguridad según la manera en la que interactúan con sus vulnerabilidades” (Buzan, 1991: 141). Lo que es vulnerable, en todo caso, es la capacidad de las élites de competir. Como conclusión y volviendo a Ferran Izquierdo, apelar a la seguridad o al interés nacional tiene a menudo consecuencias ventajosas para una élite: “En primer lugar, permite reforzar y legitimar las políticas que se propondrán para hacer frente al problema, ahora visto como amenaza a la seguridad nacional. En segundo lugar, transforma la esencia de la cuestión tratada, el problema como tal pasa a un segundo plano y adquiere un carácter nuevo que sirve para reforzar y legitimar las políticas –y, por lo tanto, a los políticos. En tercer lugar, la nueva esencia del problema permite estatalizarlo y refuerza así a las élites que controlan el Estado o a aquellas que lo pueden utilizar. En cuarto lugar, de forma consciente o inconsciente refuerza la ideología identitaria respecto al Otro –consciente cuando el *speech act* va acompañado de un discurso nacionalista, inconsciente cuando surge de creencias interiorizadas como el racismo. En quinto lugar, la securitización es básicamente defensiva del *statu quo* y permite anular el debate sobre la necesidad del cambio –cambio que, por otra parte, puede ser necesario para solucionar el problema real securitizado. En sexto lugar, permite esconder el conflicto real –competencia por la acumulación de poder– y la función de las políticas que se llevarán a cabo, que en muchos casos son además las causas de la problemática que teóricamente se quiere solucionar. Finalmente, obliga tanto a la población como a las élites competidoras a situarse en el campo de las élites que se beneficiarán y que han conseguido *securitizar* o *nacionalizar* el problema, y de esta forma una y otras deberán darles su apoyo y facilitar así su acumulación” (Izquierdo, 2011: 54).

Naturalmente, la seguridad es más que un mero discurso, pero cualquier esfuerzo por comprender la seguridad y las amenazas que refiere, no solo en el caso israelí, habrá de tener en cuenta estas consideraciones.

Referencias bibliográficas

- AMIDROR, Yaakov. "Session: Defensible Borders for Israel". *The 6th Herzliya Conference* (2006) (en línea) <http://www.herzliyaconference.org/eng/?ArticleID=1453&CategoryID=215>
(Traducción del autor).
- ALVAREZ-OSSORIO, Ignacio y IZQUIERDO, Ferran. *¿Por qué ha fracasado la paz? Claves para entender el conflicto palestino-israelí*. Madrid: La Catarata, 2008, p. 78-138.
- BAR-JOSEPH, U. "Military Intelligence as the National Intelligence Estimator: The Case of Israel". *Armed Forces & Society*, vol. 36, n.º 3 (2010), p. 505.
- BARAK, O. y SHEFFER, G. "Israel's 'Security Network' and its impact: an exploration of a new approach". *International Journal of Middle East Studies*, vol. 38, n.º 2 (2006), p. 235-261.
- BARAK *et al.* "Olmert to Haaretz: Two-state solution, or Israel is done for". *Ha'aretz* (en línea) (Fecha de consulta: 29.11.2007) <http://www.haaretz.com/news/olmert-to-haaretz-two-state-solution-or-israel-is-done-for-1.234201>
- BILGIN, P. "Individual and Societal Dimensions of Security". *International Studies Review*, vol. 5, n.º 2 (2003), p. 203-222.
- BUZAN, Barry. *People, States, and Fear: An Agenda for International Security Studies in the Post-Cold War Era*. Harvester/Wheatsheaf, 1991.
- BUZAN, B. y HANSEN, Lene. *The Evolution of International Security Studies*. Nueva York: Cambridge University Press, 2009.
- BUZAN, B; WAEVER, O; DE WILDE, J. *Security: A New Framework for Analysis*. Londres: Lynne Rienner Publisher, 1998.
- CENTRAL BUREAU OF STATISTICS (CBS) (Israel)
(En línea) <http://www1.cbs.gov.il>
- CENTRAL INTELLIGENCE AGENCY (CIA). The World Factbook.
(En línea) Cisjordania: <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/we.html>
(En línea) Gaza: <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/gz.html>
- DER SPIEGEL. "Israel May Have to Act Alone". *Der Spiegel* (diciembre 2007)
(en línea) <http://www.spiegel.de/international/spiegel/0,1518,465769,00.html>
(Traducción del autor).
- GREENBERG, H. "Ashkenazi's term as IDF chief won't be extended". *Yediot Ahronot* (en línea) (Fecha de consulta: 6.4.2010)
<http://www.ynet.co.il/english/articles/0,7340,L-3872269,00.html>
- HA'ARETZ. "Full text of Netanyahu's foreign policy speech at Bar Ilan". *Ha'aretz*(en línea) (Fecha de consulta: 4.6.2009) <http://www.haaretz.com/news/full-text-of-netanyahu-s-foreign-policy-speech-at-bar-ilan-1.277922> (Traducción del autor).
- Lebanon on 'full alert' ahead of IDF Home Front Command drill". *Ha'aretz* (en línea) (Fecha de consulta: 30.5.2010) <http://www.haaretz.com/news/lebanon-on-full-alert-ahead-of-idf-home-front-command-drill-1.276938>.

- HAZAN, R. "Kadima and the Centre: Convergence in the Israeli Party System". *Israel Affairs*, vol. 13, n.º 2 (2007), p. 266-288.
- HUYSMANS, J. "Minding exceptions: the politics of insecurity and liberal democracy". *Contemporary Political Theory*, vol.3, n.º 3 (2004), p. 321-341.
- IZQUIERDO, Ferran. *Poder y Felicidad. Una propuesta de sociología del Poder*. Madrid: La Catarata, 2008.
- *Poder global y teoría de Relaciones Internacionales*. Proyecto docente presentado en la Universitat Autònoma de Barcelona en abril 2011 (pendiente de publicación), p. 135.
- IZQUIERDO, Ferran y KEMOU, Athina. "La Sociología del Poder en el mundo árabe contemporáneo". En: Izquierdo, Ferran (coord). *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*. Barcelona: CIDOB, 2009, p. 36-41.
- KEINON, H. y HOROVITZ, D. "Independence War hasn't ended". *The Jerusalem Post* (en línea) (Fecha de consulta: 19.4.2010) <http://www.jpost.com/Features/InTheSpotlight/Article.aspx?id=173354> (Traducción del autor).
- KHANIN, V. "The Israel Beiteinu (Israel Our Home) party between the mainstream and 'Russian' community politics". *Israel Affairs*, vol 16, n.º 1 (2010), p. 105-123.
- LEVY, G. "Eli Yishai is just Jean-Marie Le Pen with a beard". *Ha'aretz* (en línea) (Fecha de consulta: 26.10.2009) <http://www.haaretz.com/print-edition/opinion/eli-yishai-is-just-jean-marie-le-pen-with-a-beard-1.5486> (Traducción del autor).
- LIPSCHUTZ, R. *On security*. Nueva York: Columbia University Press, 1995, p. 1-24.
- LIS, J. "Peres on Memorial Day: Israel yearns for peace, but will defend itself". *Ha'aretz* (Fecha de consulta: 19.4.2010) (en línea) <http://www.haaretz.com/print-edition/news/peres-on-memorial-day-israel-yearns-for-peace-but-will-defend-itself-1.284487>.
- LIVNI, Tzipi. "Demography, Borders and Palestinian Statehood". *The 6th Herzliya Conference* (2006) (en línea) <http://www.herzliyaconference.org/eng/?ArticleID=1456&CategoryID=215>.
- LUKES, Steve. *El poder, un enfoque radical*. Madrid: Siglo XXI, 2007, p. 144-146.
- MANN, Michael. *Las fuentes el poder social* (vol. 1). Madrid: Alianza Editorial, 1991, p. 44.
- MCMAHON, Sean. "Massacre of the Doves?: Interpreting Israel's 2003 Elections". *British Journal of Middle Eastern Studies*, vol. 32, n.º 2 (2005), p. 193-215.
- *The Discourse of Palestinian-Israeli Relations: Persistent Analytics and Practices*. Nueva York: Routledge, 2009.
- MICHAEL, Kobi. "Who Really Dictates What an Existential Threat Is? The Israeli Experience". *Journal of Strategic Studies*, vol. 32, n.º 5 (2009), p. 687-713.
- NAHSONI, R. "Rabbi: Cleanse country of Arabs". *Yediot Ahronot* (en línea) (Fecha de consulta: 27.11.2007) <http://www.ynetnews.com/articles/0,7340,L-3476150,00.html> (Traducción del autor).
- NAOR, Arye. "The Security Argument in the Territorial Debate in Israel: Rhetoric and Policy". *Israel Studies*, vol 4, n.º 2 (1999), p. 150-177.
- OREN, A. "The new military front - Barak versus Ashkenazi". *Ha'aretz* (23.5.2010).

- RUDGE, David. "Most Israeli Arabs Support 67 Borders". *The Jerusalem Post* (16.05.2004).
- RYNHOLD, J. "Peace and Security in the 2006 Election". *Israel Affairs*, vol 13, n.º 2 (2007), p. 384-400.
- SHARON, A. "The Sharon Doctrine". *Journal of Palestine Studies*, vol. 11, n.º 3 (1982), p. 167-172 (Traducción del autor).
- SHLAIM, Avi. *El muro de hierro. Israel y el mundo árabe*. Granada: Almed, 2003.
- TYRAH, O. "Discussion: Defensible Borders for Israel". *The 6th Herzliya Conference* (2006) (en línea) <http://www.herzliyaconference.org/eng/?ArticleID=1449&CategoryID=215> (Traducción del autor).
- WAEVER, Ole. "Securitization and desecuritization". En: LIPSCHUTZ, R. *On security*. Nueva York: Columbia University Press, 1995, p. 46-87.
- "Societal Security, the Concept". En: WAEVER, Ole; BUZAN, Barry; KELSTRUP, Morten; LEMAITRE, Pierre. *Identity, Migration and the New Security Agenda in Europe*. Londres: Pinter. Copenhague: Centre for Peace and Conflict Research, 1993, p. 17-40.
- WEILER-POLACK, D. "Israel proposes work camps for illegal migrants". *Ha'aretz* (en línea) (Fecha de consulta: 5.11.2009) <http://www.haaretz.com/print-edition/news/israel-proposes-work-camps-for-illegal-migrants-1.4754> (Traducción del autor).
- YA'ALON, Moshe. "Session: Defensible Borders for Israel". *The 6th Herzliya Conference* (2006). (en línea) <http://www.herzliyaconference.org/eng/?ArticleID=1452&CategoryID=215> (Traducción del autor).
- YAAR, E. *Peace Index*. Tel Aviv: The Steinmetz Centre for Peace Research, 3/2008; 4/2008; 9/2009; 6/2009; 6/2007; 1/2007; 10/2006; 11/2007 (en línea) <http://www.spirit.tau.ac.il/xeddexcms008/index.asp?siteid=5&lang=2>
- ZIMMERMAN, B; SEID, R; WISE, M. *The Million Person Gap: The Arab Population in the West Bank and Gaza*. Begin Sadat Centre For Strategic Studies. Bar Ilan University, 2006, (en línea) <http://www.biu.ac.il/Besa/MSPS65.pdf>.